

ACCEP

Master en Teoría y Práctica Psicoanalítica

Lola Andrade Olivie

Tutora: M^a Inés Rosales

Curso: 2019

Toxicomanías: El silencio del goce.

Pasó un mes antes de que la gestalt de drogas y tensión en la que él se movía convirtiera aquellos ojos perpetuamente asustados en pozos de reflexiva necesidad. Vio cómo ella se fragmentaba, se quebraba como un iceberg, y cómo los trozos se alejaban a la deriva, y por último vio la necesidad cruda, la hambrienta armadura de la adicción. "Neuromante" (1984), William Gibson

Durante las prácticas que hice para el master de ACCEP en la clínica Cita, Centro de Investigación y Tratamiento de Adicciones en la localidad de Dosrius, tuve ocasión de comprobar la difícil clínica de las adicciones y los distintos tratamientos utilizados para la desintoxicación de toxicómanos. Después de hacer un recorrido por las distintas prácticas que se realizan en dicha clínica, terapias de grupo, terapia equina, reuniones con el equipo de profesionales, reuniones institucionales, acompañamiento terapéutico de pacientes, me dediqué durante unos meses a llevar un grupo al que, al pedirme ellos un nombre para la agenda, bauticé como grupo de reflexión. Mi propuesta era precisamente esa, poder reflexionar con los pacientes allí ingresados sobre los temas que fueran surgiendo que fueron muchos y muy variados. Incluso la propia palabra «reflexión» me sirvió para introducirles uno de los argumentos que consideraba realmente importantes: Antes del acto, puede haber palabra, puede haber reflexión.

La intención era poder darles un espacio para debatir en grupo y sellar un modo de trabajo en el que el valor de la palabra fuera fundamental. Poder averiguar aunque fuera solo por encima, qué función tiene la droga en cada sujeto, ya que no existe el universal de «el drogadicto» sino el goce particular de cada sujeto.

En los grupos, que a veces eran muy amplios, debía manejarme no solo con los distintos tipos de adicciones, a la heroína, cocaína, marihuana, benzodiazepinas, casos graves de alcoholismo, anorexias, mezcla de varias sustancias, algún adicto al sexo entre otros, sino que a la vez, y dependiendo de cada caso, con todo tipo de estructuras, casos graves de psicosis, neurosis también muy graves y aunque no lo he constatado, seguro que alguna estructura perversa.

Por lo cual, desarrollar una dinámica de grupo con personas tan diversas y con patologías también tan diversas, implicaba tener en cuenta todo ello y la prudencia, que también la trabajé con mi tutor, era otro de mis objetivos.

Se suele interpretar que el consumo de drogas puede ser una defensa contra el dolor (psíquico) provocado por una pérdida o un duelo, (esto se hacía patente en cada reunión, sujetos extremadamente dolientes) pero no siempre es así, ya que a veces, en otros casos, vemos que es precisamente al revés, no solo no es una defensa contra el dolor sino en favor del dolor propio (la pulsión de muerte).

Por otro lado, la pérdida, es la pérdida estructural a la que todo sujeto se ha de enfrentar.

Preguntas como: ¿Y ahora cómo vamos a poder disfrutar sin drogas? o ¿Cómo dar sentido a la vida sin ellas? fueron solamente el comienzo de una larga serie de animadas conversaciones que me llevaron a desarrollar una búsqueda de posibles respuestas desde el psicoanálisis. Por eso la estructura de este trabajo vendrá dada por medio de preguntas, las preguntas que me he ido haciendo a lo largo del año de prácticas.

¿Qué oculta el toxicómano? ¿Oculta la culpa?

El psicoanálisis nos muestra la relación entre culpa y goce, y en las toxicomanías se verifica la coexistencia de esa relación entre ambas y cómo se alimentan la una de la otra. A más culpa más goce, la deuda del goce es una deuda imposible de pagar.

Cuando en la experiencia analítica emerge algo de la culpabilidad, esta da testimonio para el sujeto de que ahí se juega algo de su satisfacción, la satisfacción de sus pulsiones.

Como indica *Vicente Mira* en su artículo «*los secuestrados del goce*»¹:

«El sujeto no puede acceder al goce prohibido más que en el displacer: que el sujeto se sienta enfermo y encuentre su satisfacción en el sufrimiento es lo que viene causado por aquello que Freud llamó: la culpabilidad inconsciente.

(1) Vicente Mira. Los secuestrados del Goce. Rev. Esp. Neuropsiq., vol. XVI, nº58, 1996.

El «mono» es más a menudo saturación del displacer, que el propio goce del «pico» acarrea, que la auténtica consecuencia de la falta de la droga. »

«Una de las marcas del toxicómano es la de estar secuestrados por un goce masoquista, auto erótico, sin límite, no regulado por interdicción simbólica, cuyo nombre, que se confunde con el del sujeto es: «yo soy toxicómano» El goce, implicado en el consumo del tóxico, ocupa el lugar del goce sexual fálico. »

Es un goce pasivo, sin deseo, sin palabras, el toxicómano no quiere saber nada, ni de su deseo ni de su goce, está instalado en un circuito cerrado entre él y su droga. Está más allá del principio del placer, un más allá que le permite no tener que pasar por el otro de lo sexual. La droga permite una satisfacción sin pasar por el otro. Un exceso de satisfacción que comienza y concluye con la pulsión de muerte.

«El morfinómano tiene una felicidad de la que nadie puede privarle: la capacidad de pasar la vida en el más completo aislamiento²».

¿La droga como solución a la angustia del deseo del otro? ¿Cómo una defensa contra el goce del otro?

El toxicómano se ausenta de la vida, no quiere elaborar su historia, no quiere pasar por el discurso ni por la mediación significativa. Prefiere la sustancia a la palabra. ¿El silencio del goce? Me pregunto. El empuje hacia la muerte, hacia el borramiento de su ser sin apenas relación con el otro, en su rechazo del Otro de lo simbólico, de la palabra, se determina en la sobredosis. Por eso mi labor en dicho centro fue precisamente introducir algo de esa palabra faltante en la que tanto les cuesta entrar. Muchos de ellos acababan explicando cómo se sentían demandados en exceso por parte de su entorno y la angustia que ello les producía, angustia que ahora eran capaces de reconocer y de poner al fin en palabras.

¿Cómo poner ciertos límites a ese goce que está más allá de las palabras, más allá del otro, más allá de la ley?

(2) Mijaíl Bulgákov. "Morfina"» (1926).

La dificultad de poner límites a ese empuje de trasgredir los propios límites nos confronta con la constatación de que el sujeto no siempre actúa buscando su propio bien, de que puede ser víctima de sí mismo. Tendencia a la que Freud llama: pulsión de muerte.

Vicente Mira propone una serie en la cadena evolutiva en la biografía del toxicómano que me parece interesante:

1º) «Una satisfacción al servicio del otro: a favor o en contra, para ser igual o ser diferente, porque quería ser como... o porque me oponía a...

2º) Hace falta la repetición para que el placer se instale, como un intento de armonizar la satisfacción en la línea de las satisfacciones pulsionales.

3º) El matrimonio del tóxico que evacua progresivamente la satisfacción sexual: la obligación de consumir para evitar el malestar.

4º) Sólo toxicómano. La droga como verdadera compañera, como la pareja exclusiva del sujeto. Una compañera mortal. »

¿Es el drogadicto un ser para la muerte? ¿Un ser en deuda?

Dos vertientes en el consumo de drogas: la primera, la del goce mortífero, el empuje a la muerte para protegerse de un goce que viene del otro y que invade al individuo.

La segunda, el consumo de drogas como una defensa que permite mantenerse a distancia de la omnipotencia del otro.

*«A veces pienso que la gente se hace yonqui sólo porque su subconsciente anhela un poquitín de silencio»*³.

—Articulación entre la función del consumo y la posición del sujeto en la estructura—

En la Neurosis el consumo anula la puesta en función del falo, el sujeto está exclusivamente solo con su objeto, obtiene un goce que no pasa por el otro.

«En la neurosis, el consumo de droga funciona como una solución. Solución que sutura la división subjetiva y restituye la unidad del sujeto.

(3) *Irvine Welsh. "Trainspotting" (1993).*

El sujeto solo renunciará a su solución si encuentra otro modo de hacer con el deseo del Otro y otra manera de situar su goce»⁴.

En la psicosis el consumo funciona como suplencia, estabiliza por una parte y limita el goce invasor. Un goce que suple el vacío de la forclusión.

El perverso, mediante el consumo se hace instrumento del goce del otro para convocar su angustia.

Miller en «*el síntoma charlatán*»⁵, nos habla del goce de lo nuevo y se pregunta «hasta cuando lo nuevo es nuevo, la droga permite conservar el efecto de lo nuevo haciendo obsoleto al sujeto, haciendo de él un deshecho en una posición de rechazo del inconsciente como rechazo del sujeto. El uso del tóxico responde a lo traumático del encuentro con el otro sexo, en la lógica del amor, la palabra de amor permite el encuentro sexual, el toxicómano reniega del amor».

En la experiencia analítica se trata de hacer virar la posición del sujeto: de la culpa con la que comienza el tratamiento a su responsabilidad sobre sus síntomas al final de la cura. En lo relativo a las toxicomanías y las formas de tratarlas hay un intento de cernir lo particular que hay en juego en cada sujeto y que atañe a la responsabilidad individual en la elección de cómo cada uno trata lo insoportable que nos habita.

Como dice *Horacio Dobry*⁶ «Somos responsables, pero ¿de qué? Somos responsables de gozar. El sujeto es siempre responsable ya que el inconsciente no exculpa al individuo.»

El imperativo sobre el que gira la existencia del toxicómano, es la obtención y la consumición de la droga, y ese imperativo, que es un imperativo de goce, le conduce a la trasgresión de cualquier ley o prohibición.

Lacan nos dice que el amor hace condescender el goce al deseo. *Massimo Recalcati*⁷ utiliza una expresión muy interesante para referirse al toxicómano «como alguien instalado en el anti amor.

(4) Guillermo Rubio. El toxicómano un hombre de palabra.

(5) Jacques Alain Miller. Tres conferencias brasileñas. Paidós buenos Aires 1998

(6) Horacio Dobry. Problemáticas institucionales. Revista Freudiana 12

(7) Massimo Recalcati. La clínica del vacío. Editorial Síntesis, pg. 154, 2008

Expresión utilizada ya por Jacques Alain Miller para definir la posición del sujeto toxicómano en relación con el Otro: El objeto perdido se materializa en el objeto droga. Se estanca de forma narcisista en el cuerpo del sujeto.

El toxicómano goza de su objeto y su objeto no es humano, no hay relación con el otro, solo con su objeto (de goce). Y añade: La dependencia patológica nunca tiene que ver con el amor por el Otro, sino solo con su odio mortal, porque el amor implica que el objeto se haya perdido para que pueda reencontrarse en el Otro. Es el odio del toxicómano por el Otro sexo que pretendería destruir a través de la droga. Es el odio mortal por la castración.»

«La adicción no se fía del amor. «Yo soy toxicómano» es la fórmula donde el ser hombre o mujer no importa. Allí donde el encuentro sexual es traumático, el tóxico se ubica como un goce en la clandestinidad tomado como deseo. El toxicómano no ve, piensa que ese es su deseo pero en realidad el objeto droga anula la circulación del deseo. El toxicómano *toma el goce por el deseo*. La adicción resulta de una fijación en esta formulación».

Según Lacan, el deseo lo es siempre de otra cosa, el objeto está siempre perdido. El objeto droga impide el desplazamiento de la cadena significante. El psicoanálisis abre al sujeto a la palabra para poder historizar los elementos que lo marcaron y para que ceda esta fijación.

¿Qué hará con su falta el drogadicto que renuncie a ese goce?

La falta es un nombre posible del vacío, porque es un vacío nombrado, al que se le ha dotado de significantes y de símbolos y por tanto en conexión con el Otro. Para el neurótico, la falta, ser «un ser en falta» le abre las vías al deseo. Para los toxicómanos es diferente, ellos no han conseguido un lazo con el Otro, confunden deseo con goce, por eso repiten esas preguntas ¿Y qué haremos con aquello que nos falta?

¿Construir? ¿Dar un sentido nuevo a la vida? Les contestaba.

«La relación a la sustancia cae, cuando por el trascurso del análisis el sujeto se somete al campo del deseo. El analista no cura al toxicómano, pero su

incumbencia está en señalar por donde **se insinúa** la muerte, señalar el límite que mueve al toxicómano»⁸.

«Toxicómano y toxicomanía son significantes con los que nombrar una práctica, no solo de consumo, sino que, en el peor de los casos es el sujeto el que es consumido. ¿Qué es lo que se consume? El lazo entre el sujeto y el significante fálico, aquel que introduce un menos de goce: la castración»⁹.

En las patologías de dependencia el odio ocupa el lugar del amor de transferencia y asume la forma extrema del rechazo de esa dependencia constituyente del sujeto respecto del otro. El toxicómano quiere un goce puro, no mellado por las leyes del significante, un goce absoluto, un goce del ser.

El principio del placer funciona como límite al goce, límite que ordena al sujeto a gozar lo menos posible, quedando el goce del lado mortífero de la pulsión. La entrada del sujeto en lo simbólico está condicionada por cierta renuncia inicial al goce en el complejo de castración en el que el sujeto renuncia a ser el falo imaginario de la madre. Al mismo tiempo que el sujeto intenta trasgredir estos límites impuestos a su goce e ir «**más allá del principio del placer**», impulsado por la pulsión de muerte que le impele a repetir compulsivamente su intento. Dice Miller: «La droga como objeto, da acceso a un goce que no pasa por el Otro y en particular por el cuerpo como sexual».

¿Cuál es la relación íntima del sujeto con su goce?

En realidad el toxicómano acaba siendo un esclavo del objeto que lo llevará directo a la muerte. Ese objeto droga que funciona como un tapón, saturándolo todo. El drogadicto a-dicto, se calla, no dice, no tiene palabras, está fuera del discurso, del lazo social, su satisfacción no pasa por una relación con el otro, es una satisfacción auto erótica, de hecho, anula al otro, esconde aquello de sí mismo que le avergüenza, se llena de culpa, entra en un círculo vicioso del que no puede escapar, se droga porque se siente culpable y se siente culpable porque se droga. Nada puede calmar su

(8) Eric Laurent. Posiciones femeninas del ser. Ed. Tres haches. Buenos Aires, 1999.

(9) Toxicomanía y Pathos del discurso. Revista Freudiana nº 12.

angustia, excepto la dosis, dosis que acaba siendo siempre insuficiente, por la tolerancia del producto, y una vez consumido su tóxico: su veneno, es cierto, él es el consumido y entonces vuelve a empezar. Cada vez necesita más y más para acallar ese grito sordo que no reconoce pero que le duele, se precipita hacia el abismo del sinsentido y por lo tanto de la muerte.

*La droga es una calle de dirección única. No tiene regreso. Jamás se puede volver*¹⁰.

Uno de los pacientes del centro donde realicé las prácticas, explicaba sin ningún reparo su afán por destruirse:

—Solo quiero pincharme hasta morirme, cada vez más. Solo en mi casa. Disfruto con ello (goce sin límite) como con ninguna otra cosa.

— ¿El otro no existe? Le digo marcando la interrogación.

—No.

Como no era una sesión analítica y los demás continuaron hablando de otras cosas no tuve tiempo de hacerle ver la diferencia entre ese Otro que podría no existir pero en cambio podría ser que él debería aceptar una existencia de los otros que sí existen. Si él quizás pudiera volver a cambiar la droga por esos semejantes. (Que sí existen)

En su lugar, el toxicómano pone su 'satisfacción' en un objeto que le permite contornear la ley, los límites, la castración, la culpabilidad, la angustia.

«Me había convertido en un esclavo preso en las redes del opio, y mis trabajos y mis planes cobraron el color de mis sueños.» Edgard Allan Poe.

Otra chica, decía ante mi propuesta de hablar sobre otros deseos que no fueran de drogas:

—Y qué pasa cuando el único deseo que tengo en la vida es de drogarme, drogarme y drogarme.

— ¿Como un esclavo obedeciendo a su amo? (la droga) — Le contesto.

— Exacto, me dice. Me siento como un esclavo que no puede negarse a nada de lo que su amo le pida.

(10) William Burroughs. "El almuerzo desnudo". Olympia Press, 1959

— ¿Y qué le debes a ese amo tan tirano?—añado.

— Le debo mi vida, dice bajando la mirada.

Aquí se aprecia al sujeto en una total confusión entre la vida y la muerte. Ella dice que a ese tirano le debe la vida, pero lo que no sabe es que lo que realmente le debe es la muerte. Es decir pagará su vida con su propia muerte. Ella le dice vida a lo que es muerte. Está totalmente confundida, en todo caso le debe la vida a su padre a su madre, etc., pero nunca a la droga.

Recalcati habla del goce toxicómano de la jeringa, de la sustancia química, goce de la anoréxica por el vacío y la nada. El deseo se anula en un goce no-vital, autista, autótrofo. Es un deseo sin luz, lleno de muerte, es un deseo abolido por el goce, por el odio puro hacia el Otro.

Esa tarde reflexionamos sobre la tiranía de la droga, sobre la insatisfacción, sobre el concepto de pulsión de muerte y pulsión de vida y les hablé también del inconsciente. De ese otro que llevamos dentro. Me quiero curar pero algo dentro de mí no quiere, dicen. Hablamos entonces del sujeto dividido. Eran conceptos que ninguno de ellos conocía y por los que mostraron un profundo interés. Tanto, que en las siguientes sesiones de grupo surgió una gran abundancia de temas que les preocupaban, temas que hasta ese momento nunca habían podido verbalizar.

Deudas, culpas, esclavitud, silencio, tiranía, autodestrucción, así se sienten la mayoría de los sujetos toxicómanos que he podido observar durante mis prácticas en el centro. Pequeños seres perdidos en un goce autodestructivo que, sin una intervención a tiempo, serán arrastrados indefectiblemente a la muerte como hemos visto en la chica de la viñeta anterior.

La clínica sirve en un primer momento como límite, como barrera al goce, es el primer paso para poder decir: «No»

En otra ocasión fueron ellos los que sacaron el tema de la pulsión de muerte y una chica muy jovencita que estaba allí por haber tenido con tan solo 16 años dos intentos de suicidio, contestó a la alusión:

— ¿Y qué pasa cuando todo es pulsión de muerte?

Su mirada estaba vacía. Lejana. Aun así, la chiquilla había dado en el clavo. Se arrastraba por el centro como una muerta en vida, como un alma en pena. Estaba allí ingresada a la vez que su madre toxicómana. Llevaba su corta vida viviendo con aquella mujer (una madre psicótica) y «muerte» era

probablemente lo único que le había podido transmitir a su hija. Un significativo mortal. Un goce mortífero al cual la niña se había identificado probablemente desde su nacimiento.

— Si estás aquí—además por decisión propia—le dije, es que entonces no todo es pulsión de muerte.

Se quedó callada y al poco rato empezó a hablar de que le gustaba diseñar páginas web y de una serie de actividades creativas en las cuales por cierto era brillante.

El toxicómano solo busca el consumo en solitario del objeto. Otra de las chicas que padecía un alcoholismo importante, reconoció que su manera de beber no era como la de otros alcohólicos para hacer algo de lazo social, ella se encerraba sola para beber, sola con su botella, su objeto inhumano como única pareja. Pero es en la relación con el Otro que el sujeto busca el objeto perdido, hacerlo entrar en esa dialéctica tiene que ver con el amor, con el amor al Otro.

Ese día acabamos la charla hablando del amor, del amor y del perdón.

*«Bajo el efecto de las drogas no te importa nada, **sólo quieres aislarte del mundo** y conseguir una paz interior que no se consigue en el estado normal.»* Decía el cantante Kurt Cobain poco antes de morir.

¿Es el drogadicto un ser en falta? ¿O por medio de la droga consigue anular ese aspecto?

El deseo no tiene objeto, pero el adicto intenta construir un deseo con objeto y esa es la trampa de la adicción. Por eso, lo que hace el adicto es impugnar el deseo mismo, ya que la condición del deseo es que nunca encuentre su objeto, que nunca se satisfaga del todo. La droga no es un fantasma, ni un delirio; ella existe. El toxicómano reemplaza el fantasma por un objeto-substancia que es la droga. El adicto convierte su deseo en necesidad y ese es su drama. No le falta nada. Por contrapartida, lo único que no tiene es a él mismo, el sujeto desaparece. Al pretender librarse de la falta lo que se juega es su condición de sujeto.

¿Hay que pagar un precio? ¿Perder goce?

Otro día introduje en la charla el término «Pagar un precio». Les puse el ejemplo de que para conseguir algo, algo hay que pagar, algo hay que perder, me refería claro está, no solo a que si quiero conseguir algo, como ser bueno en un deporte por ejemplo, tengo que entrenar cada día (pagar ese precio, dedicarle tiempo) sino a que sabemos, (aunque no entré en más profundidades ya que ellos continuaron hablando de esforzarse por ejemplo en temas como dejar de fumar, etc) como decía, sabemos, que «en las neurosis el Otro castra, negativiza, significantiza el ser de goce del sujeto, de modo que el sujeto para inscribirse en el lugar del Otro, debe pagar un precio simbólico, debe perder cierto goce. Si no hay castración el sujeto permanece demasiado próximo al objeto. Este exceso de proximidad excluye al Otro»¹¹.

Como dice Recalcati¹² «El Otro nos quita pero también nos da. Nos da símbolos, deseo... pero en las dependencias falla este don. Aparece la Cosa como tal y se impone el goce del objeto, no hay metonimia del deseo. El agujero del toxicómano no es provocado por el significante y no vacía el cuerpo de goce; es un agujero real que sirve para introducir goce en el cuerpo y no para sacarlo. Es esta la diferencia entre la droga y el objeto causa de deseo: la droga es un nombre de la Cosa y no del objeto perdido».

El toxicómano se encuentra parasitado en un exceso de goce, y por un defecto de Otro. No hay encuentro con el Otro sexo, solo con objetos de consumo, una demanda infinita de objetos de consumo, solo hay repetición, un goce siempre idéntico a sí mismo.

Para terminar, el tratamiento psicoanalítico, que tiene que ver con la clínica del caso por caso, debe proporcionar al sujeto la posibilidad de que la droga caiga y que en su lugar aparezca algo del orden de lo sintomático, algo que le permita al sujeto hacerse cargo de su particular posición subjetiva ante lo que le ocurre, y que se comience a cuestionar que su malestar tiene que ver con otra cosa y no solo relacionado con el consumo.

A través de la escucha analítica se tratará de dilucidar la particular forma de ser de cada sujeto, así como el lugar que su particular relación con una sustancia viene a ocupar en su subjetividad.

11. 12. Massimo Recalcati. La clínica del vacío. Editorial Síntesis, pg. 153 y 151.

Bibliografía

Freud, Sigmund; Psicología de las masas y análisis del yo. (1921) El malestar en la cultura, Introducción al narcisismo. (1920) Más allá del principio del placer. (1920)

Laurent, Enric; Las paradojas de la identificación. (1999) Ed. Paidós, Buenos Aires.

Laurent, Enric; Posiciones femeninas del ser. Ed. Tres haches. Buenos Aires, (1999)

Miller, Jacques Alain; Introducción al método psicoanalítico (1997); Ed. Paidós Barcelona.

Miller Jacques Alain; El síntoma charlatán. Tres conferencias brasileñas. Paidós, Buenos Aires (1998),

Mira, Vicente; Los secuestrados del goce. Conferencia de Salud Mental y Psicoanálisis Aplicado. Oviedo. 1995

Nasio, Juan David; Cómo trabaja un psicoanalista. (1996). Ed. Paidós, Buenos Aires.

Revista Freudiana; Nº 12 (1994) Toxicomanía y Pathos del discurso.

Recalcati, Massimo; La clínica del vacío: Anorexias, dependencias, psicosis. Ed. Síntesis. (2008)

Rubio, Guillermo: El toxicómano un hombre de palabra. (Artículo)

Sinatra, Ernesto; El paradójico goce toxicómano. (1995) El caldero de la escuela nº 36.